

PATTY McMAHOU



*Ni tú eres
un príncipe*

*ni yo he perdido
un zapato*

*Ni tú eres un príncipe
ni yo he perdido
un zapato*

Patty McMahou

© Patty McMahou, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imágenes de la cubierta: Macrovector/Freepik
© Diseño de la cubierta: © Sophie Güet
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21438-0
Depósito legal: B. 15.773-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



La miro con cara de incredulidad.

He pasado toda la maldita noche llorando como una Magdalena para que ahora ella me venga con semejante tontería. Me duelen los ojos, la nariz me escuece de las veces que he usado el pañuelo para quitarme los asquerosos mocos que no dejan de salir, y la cabeza... ¿qué decir de ella? Sólo quiero que alguien, quien sea, llegue con un hacha bien afilada y me la corte.

Me duele, simplemente me duele.

Pero ¿cómo coño tendría siempre ese tipo de ideas?

Me duele el alma, me duele la vida, me duele el cuerpo.

No me puede estar pasando esto a mí, a mí que he soñado con el momento princesa desde que tenía diez años. Y ahí está el vestido, colgado, mientras yo, con los ojos rojos como dos picaduras de mosquito tigre, lo miro con cara de pena y de asco. Tan blanco, tan bonito, tan caro y tan de...

—¡Eres gilipollas! —le grito finalmente a mi amiga.

—Relaja la raja, colega —responde ella—. Me has tenido toda la noche despierta escuchando tus lamentos, tus quejidos, tus —pone una cara melodramática— «¿Por qué a mí? ¡Oh! ¿Por qué? Con lo felices que podríamos haber sido los dos»...

—Bueno, es que...

—Nada, ni mu. —Victoria levanta un dedo y me señala muy seria—. Está decidido, está pagado y vamos a irnos tú y yo.

—¿Y si le da por cancelarlo? —me quejo cual Dolorosa.

—Me cago en toda su familia si al mamón ese le da por cancelar una mierda. —Y hace una cruz con el pulgar y el índice y se los lleva a los labios para besarlos—. Por mis muertos que no mueve un dedo. Como que me llamo Vicky Malache que no mueve ni el bigote ese de mierda.

—A mí me gusta —veo la mirada que me echa mi amiga—, me gustaba.

—Qué hostia tienes, Malena. —Y, dicho esto, Vicky sale de la habitación dejándome sola y, de nuevo, llorando la desgracia de que no sea hoy el día de mi boda.

* * *

Cuando Victoria, con paso firme y sereno, llega al salón, donde se encuentran mis padres, mi abuela del pueblo, los dos de Madrid y la insulsa de mi prima, que vino desde Londres hace tres días y se aloja en el pequeño piso en el que ellos residen, mi madre se levanta preocupada.

—¿Cómo está?

—¿Por qué tuvisteis que llamarla Magdalena? —plantea Vicky con cara de enfado—. Está igualita que la de la película de Mel Gibson.

—Se llama Malena —la corrige mi madre.

—¿Y eso de qué viene, de María de las Angustias Fuertes? Porque ese sí que le pega mucho —responde Victoria sin cortarse un pelo.

—Sí, viene de Magdalena, pero se llama Malena —dice sere-

no mi padre, antes de que mi abuelo Joaquín meta baza pensando en lo suyo.

—¿Así de guapa como la Monica Belucci esa de los anuncios de ropa interior? —suelta.

—No, como la Loren, que te pega más por la edad —le responde Vicky ya un poco cansada de tonterías familiares.

—A ver, ¿tan mal está la pobre? —pregunta mi padre.

—Ya os lo podéis imaginar, la han dejado plantada el día antes de su boda por un antiguo amor. —Mi amiga suspira, coge un vaso de encima de la mesita del centro y echa un poco de café mirando a mi abuela del pueblo, Antonia. Ésta la comprende inmediatamente y se levanta despacio para ir al armario del saloncito, que sirve de mueble bar. Saca una botella de anís y se la pasa directamente a Victoria, que le echa un buen chorro al café.

—¿No te va a sentar mal? —le espeta mi prima de Londres sin levantar la mirada de su móvil.

Vicky ni le responde; casi mejor, porque probablemente le hubiera quitado el móvil del sopapo que le habría soltado. Así que, sin hacer caso a nadie, remueve un poco el contenido del vaso y se lo echa al gaznate de un tirón. Su cara es un verdadero poema; cierra los ojos con fuerza y menea la cabeza un par de veces antes de volver a hablar.

—Nos vamos de viaje de novios. —Victoria alarga la mano para coger un trozo de bizcocho.

—¿No crees que el novio habrá cancelado el viaje? —oigo que dice mi padre.

—Ya te digo yo que ese cacho de carne con ojos no lo va a cancelar. —Victoria se levanta de la silla, se saca el móvil del bolsillo trasero y se dirige hacia el cuarto de baño.

—¿Crees que debería entrar a ver a la niña? —Mi madre habla con mi padre.

Lo imagino cerrando los ojos lentamente y negando con la cabeza mientras le aconseja:

—Dale tiempo.

* * *

Yo aún sigo llorando en la habitación, mientras miro el bonito vestido de novia colgado en el armario. Son las nueve de la mañana y a las doce debía entrar en la iglesia del brazo de mi padre. Él impecablemente vestido con un chaqué hecho a medida, regalo de mi novi... exnovio, y yo a su lado, sonriendo con el velo tapándome la cara, como manda la tradición. El pasillo hasta el altar estaría decorado con flores blancas y lilas y, de fondo, sonaría el canon de Pachelbel en el interior hasta que llegáramos a la altura de mi novi... exnovio. Y allí pronunciaríamos el «sí quiero», nos convertiríamos en marido y mujer y disfrutaríamos de una bonita vida, llena de niños y alegrías.

Pero no, yo sabía que algo le pasaba desde hacía algunas semanas. Quizá hasta desde algunos meses atrás.

Llevaba un tiempo raro. Que si no podía quedar porque andaba con los preparativos de la boda, que si su familia había decidido hacer algo a última hora y yo no debía enterarme porque era una sorpresa, y luego, cuando nos veíamos... lo de los cariñitos, los besos, y no digo lo de tener sexo, brillaba por su ausencia. Algo le pasaba.

Y ese algo tenía nombre y apellidos.

Cuando sonó el teléfono ayer a las diez de la mañana, sus llantos se oían desde lejos. Pero no eran de tristeza, sino casi más bien de liberación cuando me contó que no podía continuar con nuestra boda, que por mucho que lo había intentado no estaba enamorado de mí y que, sintiéndolo mucho, debía-

mos dejarlo. Fue la última vez que hablé con él antes de que la estirada de su madre, desde su maravillosa casa de La Moraleja, me lo contara todo con pelos y señales.

Realmente no me hacía falta saber que desde hacía unos meses Juan Pedro, que es como se llama mi novi... exnovio, por «casualidades de la vida» volvió a encontrarse con una antigua amiga del bachillerato. Carmina, mi ex futura suegra, me explicó bastante bien que en realidad fue en una fiesta organizada por ellos mismos por no sé qué acto benéfico al que no tuvieron a bien invitarme. Bueno, lo de siempre con su familia, que nunca han visto con buenos ojos que su hijo saliera con alguien de mi clase. ¡Mi clase! Una chica de barrio, cuyos padres tuvieron que trabajar mucho y sacrificarse para darle la mejor de las educaciones en una universidad privada. Pero bueno, eso es otra historia. La cuestión es que aquella señora, de estirado cuello, pendientes perlados, collar igualmente nacarado y la cara un poco paralizada por el bótox, me dijo que, desde entonces, su hijo y Piluca, que es como se llama la ínclita, volvieron a verse de vez en cuando...

Hubo un momento en aquella conversación, que repito que no necesitaba, en que desconecté de lo que me estaba contando, y creo que hasta colgué el teléfono. Pero lo que me quedó perfectamente claro fue que el que iba a ser mi marido, desde hacía varios meses me los estaba poniendo con una antigua novia del centro de estudios ese privado al que iba, y que no quería casarse conmigo porque ella era el verdadero amor de su vida.

Patético, ¿no?

Lo del patetismo lo digo por mí. Por la pobre chica de barrio que pensó que había tenido la suerte de que el amor de su vida fuera un rico heredero de una inmensa fortuna. No, no soy una buscarricos, en realidad todo sucedió por pura casualidad.

Fue una tarde de invierno en segundo de carrera, cuando algunos compañeros, los que compartíamos coche y gastos de gasolina, estábamos en el bar de la facultad tomando unas cervezas y echándonos unas risas, pensando qué casa estaba vacía ese fin de semana para seguir allí con las birras.

Juan Pedro no paraba de mirarme y yo pensé, como siempre, que sería porque estaba horrible. Sí, solía ir con vaqueros y camiseta a clase, no como todas las pijas que por allí andaban con sus pantalones pitillo, camisa blanca, collar de perla —muy de la época— y jersey a rayas —muy Hombres G todo, qué le vamos a hacer—. Pues eso, que no me quitaba el ojo de encima y, finalmente, cansada de sus miraditas y envalentonada por las tres cervezas que llevaba, me acerqué a preguntarle «¿Y tú de qué vas?».

El pobre se puso colorado como un tomate y, casi por lo bajo, me dijo que iba donde yo quisiera, porque lo que tenía ganas era de invitarme a cenar. Así que la que se puso colorada como una lata de refresco fui yo y lo demás son diez años de historia tirados por la borda.

* * *

Que sí, que vale.

Un recuerdo muy bonito de dos personas que son de mundos diferentes. Él rico. Yo pobre, bueno, del montón. El rubio y con ojos azules. Yo castaña y con ojos oscuros. Él todo. Yo nada. ¡Ains!, que me pongo a llorar otra vez... Si es que estaba claro, si eso no podía salir bien. Todo el mundo me lo decía, pero él insistía en que pasaríamos de todo, que lo nuestro no lo podía romper nada ni nadie. ¡Ja! Menos la Piluca esa y la mala pécora de su madre.

Dios, esto es un jodido culebrón y yo no estoy cobrando ni un royalty.

Pues nada, que el día de mi boda estoy llorando en mi habitación y todo se nubla a mi alrededor. Él se ha ido con una niña pija en un porsche blanco y con un jersey amarillo...

Vale, que sí, que quizá todo esto que estoy contando parezca divertido, pero necesito sacarle un poco de partido a mi dolor o finalmente me va a comer por dentro la pena que ... ¡Ya está! Ya estoy llorando por mi mala suerte.

No voy a volver a enamorarme. Nunca más. Bueno, no de alguien con dinero en plan rico, que tenga a todos los de su alrededor diciéndole que yo no soy buena para él porque soy una mala influencia. Que los pobres no valemos para nada —eso se lo oí a la perra de su hermana un día, mientras yo salía del baño de su mansión de La Moraleja—.

Que no, que no me da la gana que otra panda de caciques vejestorios se conviertan en el dolor de mi vida. No puede ser que yo, después de diez años de relación, me encuentre con el alma rota porque el amor de mi vida me ha dejado. ¡Joder, que yo le quiero! ¡Que le quiero mucho!

Me levanto de la cama, donde estaba sentada mirando sin parar el precioso vestido blanco que iba a llevar puesto hoy mismo, en mi boda, y abro la puerta para encaminar mis pasos hacia el salón. El lugar maldito donde casi toda mi familia está concentrada, esperando a que la pobrecita humillada salga con cara de sapo partero. Sí, ésa soy yo, pero sólo voy a salir para coger la botella de ron que sé que tiene mi padre y llevármela a la habitación. Si hay que olvidar, olvidaré a lo grande, con una resaca de las de antología.

Sentada en el salón, mi familia oye cómo la puerta de mi habitación se abre con brío. Me acerco con pasos ligeros por el

pequeño pasillo, mientras todos esperan con ansia verme, bueno, mi prima no tanto, para hablarme o lo que sea.

—Cariño —dice mi madre.

Papá, que me mira con los ojos muy abiertos, levanta una mano indicando a la familia que espere, que no diga nada.

Yo los miro a todos. Parece más un velatorio que otra cosa. No logro ver dónde anda metida mi amiga Vicky... Mejor, así no tendré que darle ninguna explicación.

Me acerco al mueble bar, lo abro, cojo la botella de ron y, sin decir nada, regreso a la habitación.

—¡Que se va a pillar un colocón del bueno! —advierte mi abuela Pepa, espantada.

—Pues que se lo pille la chiquilla —suelta la otra, la del pueblo, Antonia.

—Madre mía, madre mía —exclama mi abuelo Joaquín.

—¿Era Vicky la que ha salido del baño? —La insulsa de mi prima, aún con la nariz metida en el móvil, no se entera de nada—. Es que me meo.

—Yo creo que debería entrar en esa habitación y quitarle la botella —dice asustada mi madre.

—Pero ¿tú te crees que yo soy tonto? —replica mi padre—. No hay nada de alcohol en toda la casa, sólo he dejado el chinchón por tu madre.

—¡Ni que yo fuera la única que le da al anís! —se hace ella la ofendida.

—No, pero por lo menos sabemos quién la tiene controlada. —Mi padre se encoge de hombros sin darle más importancia.

—En eso tiene razón —suelta el abuelo Joaquín—. Trae *pàcà*, que le voy a dar un regalillo al café.

—Para, que al final te pones tontorrón y suficiente tenemos con tu nieta —suelta su mujer.

De repente se hace el silencio en casa, como si hubiera pasado un ángel, como si estuvieran en el ojo del huracán y todos esperaran el primer grito, golpe o improprio que de un momento a otro llegaría de la habitación. Pero no, se equivocan, los exabruptos empiezan a salir del cuarto de baño de boca de Vicky, y casi mejor no reproducirlos.

—¡Y una mierda como un piano para ti! —De nuevo silencio—. ¡No te lo crees ni envuelto en papel de celofán, gilipollas!

Todos los demás, incluida yo, que asomo la cabeza por la puerta de la habitación de un piso de setenta metros cuadrados, miramos hacia la puerta del cuarto de baño expectantes. Nadie habla, hasta la prima de Londres, Aroa, ha dejado, por primera vez en dos horas, el móvil de lado y su mirada se dirige a esa puerta cerrada por la que salen palabras más que fuertes.

—¡Te lo voy a decir una vez! ¡Sólo una puta vez!

Mi padre, Arturo, se aferra a los reposabrazos del sofá intentando no mostrar más nerviosismo del que se palpa en el ambiente.

—Te la comes, soplapollas, así que... ¡Si la Vicky te vacila, tú te callas y asimilas!

El silencio se podría cortar con un cuchillo, con unas tijeras, un hacha y hasta con un cortacésped.

Victoria sale del cuarto de baño con una sonrisa de oreja a oreja. Mira hacia la habitación de la que asoma mi cabecita y me suelta:

—Nena, nos vamos de viaje de «novias».

Yo me escondo dentro de la habitación, cerrando la puerta y dándole un sorbo a la botella que creía que estaba llena de ron. Tal como entra en mi boca, el líquido sale por ella como si fuera el mismo volcán Eyjafjallajökull, sí ese de Islandia que no hay bemoles de pronunciar de corrido.

Vuelvo a mirar la botella, el mamón de mi padre ha cambiado el ron por... ¿por qué leches lo ha cambiado? Esto es asqueroso, ni siquiera se puede beber. ¿Será capaz de haberle echado...?

—¡Papáááááááááááá! —En el salón oyen mi grito casi desesperado.

Él mira a mi madre sonriendo:

—¿Lo ves? Ahora saldrá de ahí y al fin empezará a decir algo, aunque sea feo.

Abro la puerta.

Se va a enterar de lo que vale un peine... «A mí no se me hace eso, papá. A mí no se me quita el alcohol, aunque sea ron asqueroso.»